

Algunos perfiles de la procesión inciden en este significado. Mientras que los tambores van sonando por delante de la imagen, como anunciando la llegada del Dios-reo, los clarines se vuelven siempre hacia la imagen de Cristo, suenan orientados hacia El, y hay en ellos remotas influencias mediterráneas de los acompañamientos de los condenados hacia el patíbulo, que en muchos países iban escoltados de todo tipo de ruidos, de percusión y viento, en una doble demostración de reprobación a la figura del que iba a ser ajusticiado, y de aceptación de la moral establecida por el poder constituido.

Las diferenciaciones cromáticas en las túnicas o hábitos de los miembros de las «turbas», parecen evocar igualmente y en los límites del inconsciente colectivo, esta participación de diferentes estratos sociales y grupos populares en el castigo. En este orden de ideas, podemos pensar que este tipo de procesión, constituye la última etapa de un proceso simbólico, en el que históricamente las primeras manifestaciones pueden venir dadas por los ritos de catecúmenos, en los que el hombre entra en la Iglesia a través de una serie de actos estereotipados. La segunda fase, viene dada por los misterios y autos religiosos en los que la ceremonia litúrgica se va transformando poco a poco en una representación pre-teatral y va saliendo del templo para ganar su fachada, que utiliza como escenografía, convirtiendo la plaza en concentración de público.

La fase siguiente, es una consecuencia de la Contrarreforma, la práctica de la procesión con características suntuosas y ostentosas en algunas regiones y austeramente humildes en otras, pero en ambos casos indicio de un deseo de mantener la presencia viva de una religión triunfante en las calles y plazas de ciudades, en las que en otras épocas convivían las prácticas de diferentes religiones.

Si se pudiera hacer una teoría de las procesiones de Semana Santa ordenada y clasificada, quizá el hallazgo más representativo sería la identificación histórica de las más sobresalientes, con unos modos característicos de vivir la Pasión de Cristo. Y, en este sentido, la procesión conquense de las «turbas», podría ser una de las últimas cronológicamente, la que marcará una determinada toma de posición crítica frente a la religión oficial y vencedora, una actitud contestataria, en cuya dinámica influyen diversas categorías de cultura y subcultura y que da así el significado de que el Viernes Santo constituye la posibilidad de que judíos conversos o personas de origen musulmán, reaccionen y establezcan una cierta contestación frente a la religión predominante. En este sentido, la procesión de «Las Turbas», sería la última fase del diálogo entre la religión y el pueblo. Marcaría, por tanto, este repertorio de actitudes una especie de soterrada



Dibujo: J. Buendía

reacción libertaria, que vendría a expresarse exclusivamente a través de un encadenamiento de actos simbólicos.

Podemos ver en las «turbas» una «contraprocesión», llena de ritos y de movimientos desusados. Falta de uniformidad, enfrentando la imagen del Redentor e incluso integrando dentro de un mismo cuerpo procesional dos sectores que se caracterizan por el uso de instrumentos diferentes, y que según ellos, mantienen una u otra conducta en el recorrido.

En su vertiente actual, las «turbas» dan a la semana conquense no solo un trazo de originalidad, sino también una serie de rasgos deliberadamente informales y es altamente representa-